

x-rite

colorchecker CLASSIC

R. 35.646

ORDEN Y ESPLICACION
 DE LA
PROCESION DEL SANTO ENTIERRO
 que celebra en la tarde de Viernes Santo
LA M. I. A. Y REAL HERMANDAD
 DE LA
preciosissima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo
Y MADRE DE DIOS DE MISERICORDIA,
 establecida en la Real Capilla de Santa Isabel
 (vulgo de San Cayetano) de esta ciudad.
 PRECEDIDO
 de una breve reseña del objeto de la misma
 Real Hermandad.

CON APROVACION DEL ORDINARIO.



ZARAGOZA.

Imprenta de Antonio Molina, Manifestacion 143.

1865.

mm

A-209-16

+

APA 00135

banco 16



T 204205

C 1145617

ORDEN Y ESPLICACION
DE LA
PROCESION DEL SANTO ENTIERRO

que celebra en la tarde de Viernes Santo

LA M. I. A. Y REAL HERMANDAD

DE LA

preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo

Y MADRE DE DIOS DE MISERICORDIA,

establecida en la Real Capilla de Santa Isabel

(vulgo de San Cayetano) de esta ciudad.

PRECEDIDO

de una breve reseña del objeto de la misma
Real Hermandad.

CON APROVACION DEL ORDINARIO.



ZARAGOZA.

Imprenta de Antonio Molina, Manifestación 143.

1865.

*Este librito es propiedad de la Hermandad
y no podrá imprimirse sin su permiso.*



BREVE RESEÑA

de la Real Hermandad de la Sangre de Cristo.

Una de las principales cosas que deben tener presentes los que se dedican á contemplar las sangrientas y dolorosas escenas de la sagrada pasion y muerte de nuestro divino Redentor, es, que juntamente con la consideracion de lo que el Señor padece, levanten los ojos y los fijen en estas dos circunstancias, á saber: la grandeza de aquella Magestad soberana que lo padece, y la causa porque lo padece. Porque cuando el alma religiosa se levanta á considerar la alteza del soberano Hijo de Dios y Señor de todo lo criado, ante cuyo acatamiento tiemblan los poderes y columnas del cielo, y de aqui se abate á considerar la bajeza de nuestra humana condicion; le sucede lo que á un hombre que colocado sobre una torre muy alta, se pone á mirar la espantosa profundidad que se descubre debajo de sus pies, cuya vista le estremece y hasta parece que le hace desfallecer.

Mas cuando despues de esto considera la causa que movió al Salvador á arrostrar toda esta tempestad de trabajos, y ve que en ello no se le seguia ningun nuevo interés, (pues que ab æterno estuvo tan glorioso y tan rico como ahora está) sino que tan solo le impulsaba un encendido deseo de remediarnos por este medio, de que tantos bienes se nos habian de seguir; entonces el espíritu llega totalmente á desfallecer y queda como enagenado al contemplar tan estraña bondad y caridad.

Pero no se ha de contentar el hombre con el fruto de esta admiracion: es preciso tambien que se dedique á imitar las virtudes del Salvador, cuales son su encendida caridad, su profunda humildad y demas que en tan alto grado resplandecieron en su sagrada vida, pasion y muerte; y á manifestar con hechos un profundo reconocimiento, al inmenso beneficio que recibió de su divino libertador.

Para tan altos fines pues está establecida esta Real y antiquísima Hermandad, cuya remota fundacion se pierde en la memoria de los tiempos; y á la participacion de las innumerables gracias espirituales que le están concedidas, invita á cuantas personas aspiren á la patria celestial, cuyas puertas se nos abrieron con la consumacion de los misterios de la sagrada pasion y muerte de nuestro divino Redentor.

Teniendo por base aquella inmensa caridad de Jesucristo crucificado; uno de sus principales cuidados es, llevar el consuelo á aquellos desgraciados, á quienes la ley condena á la última pena. En el momento que llega á noticia de los hermanos la hora fatal, en que se le notifica á un reo la sentencia; con la velocidad del rayo parten unos á mandar esponder el SANTISIMO SACRAMENTO, para que los fieles acudan á implorar la divina misericordia en favor de aquel desgraciado: otros recorren las calles y plazas públicas implorando la caridad para asistirles con sufragios, y otros personá-

dose en aquella horrible mansion, donde el triste objeto de su cuidado se halla detenido, se dedican por cuantos medios les sugiere la caridad á endulzar aquel mar de amargura, en que se ve anegado su afligido corazon. Al contemplar la situacion de aquel ser infortunado, al verlo totalmente abandonado de sus parientes y amigos, y en tan críticos momentos destituido de todo consuelo humano, parece que resucnan en lo íntimo del corazon aquellas sentidas palabras que Jesucristo exclamó estando pendiente del madero de la Cruz: *Dios mio, Dios mio, porque me has desamparado.* Entonces los hermanos considerando á Jesucristo en la persona de aquel desgraciado, le prodigan cuantos auxilios corporales necesita, le consuelan con palabras llenas de dulzura y de cariño, le hacen ver que es la caridad evangélica quien les mueve á dedicarse á su consuelo y alivio; que no hay desamparo donde nuestra sacrosanta Religion egerce su poderoso influjo. Y entonces aquel infeliz que poco antes se consideraba en el mayor abandono, vuelve en sí como de un profundo letargo, abre los ojos á la luz de la gracia, y así como el buen ladrón reconoció la divinidad de Jesucristo por la caridad con que rogaba á su Eterno Padre por los mismos que le habian crucificado; así este desgraciado reconoce la grande excelencia de las máximas de nuestra Santa Religion, por la caridad con que se le prodigan unos consuelos que de otro modo no podia esperar. Dispuesto de este modo aquel corazon, recibe sin ninguna repugnancia al celoso Sacerdote que lleno de una tierna solicitud y ardiendo en caridad se le presenta para exonerar su conciencia, le oye gustoso, bajo su santa direccion se prepara para la muerte, sufre con humilde resignacion y paciencia aquel castigo, y pidiendo á Dios desde lo íntimo de su corazon el perdon de sus pecados, y ofreciendo su vida en satisfaccion de todos ellos, entrega su alma en manos de su criador.



Muerte horrorosa á los ojos del mundo, pero muerte feliz, y mil veces feliz á los ojos de Dios. Dichosos y mil veces dichosos los que llevados de un verdadero espíritu de caridad contribuyen, ò con sus personas ó con sus limosnas y oraciones á la salvacion de una alma, redimida con la preciosa Sangre de Jesucristo: porque estos hechos son una verdadera imitacion de las virtudes de Jesucristo crucificado por la salvacion del género humano.

Empero no hace alto aqui la caridad. Pasadas las horas que manda la ley, vuelve la Hermandad á presentarse en el sitio del suplicio, y tomando á su cargo el cadáver, lo conduce al Templo acompañado del Clero que sale á recibirlo á una distancia competente, y entonando los cánticos dispuestos por la Iglesia, se le celebra el acto de entierro á cuerpo presente, continuando en los dias siguientes con un aniversario y todas las misas á que alcanza la caridad de los fieles, despues de cubiertos todos los gastos.

Otro género de desamparados hay tambien con quienes esta Hermandad ejerce la caridad. Tales son aquellos infortunados á quienes la muerte ha sorprendido, ya en un despoblado, ya en los rios, y ya en las calles públicas: unas veces víctimas de una mano alevosa, y otras de una inopinada desgracia. El estado de estos infelices no permite ya mas á la Hermandad que recoger sus cadaveres, proveerlos de mortaja, darles sepultura y aplicar por sus almas el número de sufragios que permiten las limosnas de los fieles, cuya caridad ha implorado durante la permanencia del cadáver en el depósito.

Como muchas veces sucede, que por el estado de putrefaccion en que se encuentran los cadáveres, no pueden trasladarse al depósito; á fin de que esto no sea un osbtáculo que impida enterrarlos en tierra sagrada; la Iglesia nuestra Madre ha provisto á esta necesidad, concediendo á esta Her-

mandad el privilegio, de que cubriendo con su paño mortuario el sitio destinado para la sepultura, quede ipso facto consagrado, del mismo modo que lo están los cementerios.

Ademas de estos actos de caridad que como nos refieren las sagradas escrituras haciendo el elogio de las virtudes de Tobias, son tan agradables á los divinos ojos; procura esta Hermandad manifestar su íntima gratitud y profundo reconocimiento, á los inmensos beneficios que hemos recibido con la sagrada pasion y muerte de nuestro divino Redentor. Y he aqui la razon porque no perdona medio ni sacrificio por grande que sea, para elevar el culto que tributa á estos sagrados misterios á una altura si fuera posible, digna de la divinidad y grandeza de la Magestad á quien lo tributa.

No le arredra el sostener á sus espensas abierto al culto público el magnífico Templo en que se halla establecida, ni por las importantes mejoras que en el mismo ha hecho, ha cercenado en lo mas mínimo la solemnidad del culto; antes al contrario ha procurado y conseguido, que las funciones de su instituto sean en mayor número, aumentando á las que antes hacía un solemnísimó septenario de Dolores en la semana de Pasion, y que todas ellas se verifiquen con toda la grandeza y magnificencia posibles.

Inmensas son á no dudarlas las atenciones, que con tal motivo pesan sobre una Hermandad que no cuenta con otros recursos que la limosna eventual de los fieles: pero no importa, trabaja con fé, y la mano de Dios la protege visiblemente. Todas las cosas de la tierra desaparecen, ó se deterioran con el transcurso de los tiempos; y esta Hermandad sin embargo de los muchos siglos que cuenta de existencia, y de haber atravesado épocas bien calamitosas, siempre ha estado en periodo creciente; prueba inequívoca del influjo de la poderosa mano que la sostiene.

En vista de todo, ¿habrá alguno de cuantos habitan este suelo privilegiado, que se niegue á alistarse en una Hermandad cuyos actos practicados con verdadera devocion y caridad son tan agradables á los divinos ojos? ¿Quien será tan insensible á los divinos beneficios, que al menos no contribuya con alguna limosna, mostrando asi su gratitud á su divino Redentor? ¿Quien dió su sangre y su vida por nuestro rescate, no merecerá de nosotros siquiera una ligera prueba de nuestro reconocimiento?

Fieles, consultad vuestro corazon.

ADVERTENCIA. Siendo la Procesion del Santo Entierro un acto de adoracion y respeto que se tributa á nuestro Divino Redentor, esta Hermandad ha procurado presentarlo á la veneracion de los fieles, con toda la magnificencia y solemnidad que requieren los sagrados misterios que en él se representan.

Por lo tanto espera de la piedad de todos los habitantes de esta Capital cooperarán á dar mayor realce á tan religiosos obsequios asistiendo con hacha ó cirio, para mayor culto del Señor. Debiendo advertir que esta asistencia no solo corresponde á los hermanos, como por algunas personas equivocadamente se supone, sino que tambien es propia de todos los demas fieles, pues por todos se derramó la preciosa Sangre de Jesucristo.

Tambien espera merecer de los que asistan, que segun el buen orden exige, se coloquen indistintamente en cualquier punto de los que ocupan la línea de la procesion, desde el principio de ella, hasta donde va la Cruz con la Sábana Santa, porque de querer ocupar todos un lugar preferente, resulta una tan mala distribucion en las luces, que rebaja notoriamente la solemnidad.

ORDEN Y ESPLICACION

de la procesion del Santo Entierro.

Primeramente abre la marcha la fuerza de caballería é infantería dispuesta por la Autoridad para despejar el paso: detras de la cual siguen un cabo con su estandarte y ocho soldados romanos á caballo.—El llamador de la Hermandad con su ropon morado y cetro.—Dos hermanos anunciando la muerte del Redentor, por medio del sonido de dos campanas.—Las escalerillas y demas instrumentos de la Pasion que llevarán dos hermanos, precedidos de otros dos con faroles.—Dos Vexilas ó banderas del Rey de los Reyes.—Los dos maceros de la Hermandad.

La muerte.

Con la inscripcion *MORS MORTEM SUPERAVIT*. Cuya significacion es, que con la muerte de nuestro divino Jesus, fué vencida la muerte de la culpa, por lo que fuimos restituidos á la vida de la gracia.

Por una costumbre de tiempo inmemorial, siguen á este paso un tambor con la caja enlutada y dos pífanos, vestidos todos con túnicas de la Hermandad y tocando marchas fúnebres.

El pueblo de Israel.

Representado en las doce tribus en que estaba dividido. Doce hermanos llevan las banderas con las inscripciones y geroglíficos de la tribu que cada uno representa, por el orden siguiente:

Benjamin 1.^a Joseph 2.^a Zabulon 3.^a Isachar 4.^a Levi 5.^a Simeon 6.^a Manasses 7.^a Nephtali 8.^a Asser 9.^a Gad 10.^a Ruben 11.^a Judá, de la que nació el Mesias prometido Jesus nuestro Redentor, 12.^a

Abraham è Isaac.

Insigne profecía de Cristo. Abraham no duda sacrificar á su hijo Isaac, obediente á la voz de Dios que así se lo mandaba. Y el Padre Eterno no perdona á su Unigénito Hijo, por desagaviar á su Divina Magestad ofendida. Isaac lleva al lugar del sacrificio sobre sus hombros la leña con que habia de ser quemado. Jesucristo lleva al Calvario sobre los suyos la Cruz en que habia de ser clavado.

Personages del antiguo testamento.

Moises caudillo y legislador del pueblo hebreo; David Rey de Israel y profeta del Señor; Aaron y Melquisedec grandes sacerdotes: cuyos reinados y sacrificios concluyen con la muerte de Jesucristo é inauguracion de la ley de gracia.

La entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem.

A cuyo magnífico paso recientemente construido, preceden doce hebreos con palmas, y un coro de niños cantando

himnos alusivos á este misterio, acompañado de la correspondiente orquesta.

El mismo pueblo, en el mismo tiempo y en el mismo lugar donde le recibió con tan gran triunfo, de allí á pocos días le pidió la muerte y le puso en cruz. ¡O cuan diferentes voces eran por una parte: crucificalo, crucificalo: y por otra: bendito sea el que viene en nombre del Señor: cuan diferentes voces son, llamarlo ahora Rey de Israel, y de allí á pocos días decir: no tenemos Rey sino César! cuan diferentes cosas son ahora ramos verdes y floridos y poco después espinas, azotes y cruz! Y á quien primero sirvieron con sus propias vestiduras, de allí á poco le desnudaron de las suyas y echaron suerte sobre ellas. Y finalmente al que hoy predicaban por hijo de David, que es el mas Santo de los Santos, mañana le tienen por el peor de los hombres, y por mas indigno de la vida que Barrabás. ¿Que ejemplo mas claro que este puede hallarse, para conocer lo que es la gloria del mundo y en lo que se deben estimar sus alabanzas?

El cenáculo.

Sentado el Señor á la mesa con sus discípulos para comer el cordero pascual, les manifestó, que uno de ellos le habia de entregar. Asimismo instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, consagrando su sacratísimo cuerpo y sangre, bajo las especies de pan y vino.

O clementísimo Señor. ¿Que mas habiais de hacer para nuestro remedio que lo que hicisteis? Tomaste, Señor, nuestra flaca y mortal humanidad y nos diste vuestra excelsa Divinidad. Derramaste sobre nosotros los tesoros de vuestra gracia; y abierto el corazón que teniais de padre, rompisteis las venas de vuestra inmensa caridad, y las dejasteis correr sobre vuestros hijos. Aquí declarasteis ya por obra

cuan encendido estaba vuestro corazón en nuestro amor: y por que ese divino fuego no podia encubrirse ya mas, salió fuera la llama de su resplandor, haciendonos este tan grande é inestimable beneficio; de que gozamos no una sola vez, ni un dia solo, sino todo el tiempo de nuestra vida. ¡O maravillosa bondad é inefable caridad! ó largueza nunca oída, donde el mismo dador es la dádiva, y el siervo recibe á su Señor, y el hombre come el pan de los ángeles, y al ministro sirve su Señor y se le ofrece en manjar de vida eternal.

No hay dicha que pueda compararse, con la que recibe el que come este pan en gracia; ni desgracia mayor tampoco como la que sobreviene al que como Judas se sienta al convite con el corazón emponzoñado.

La oracion del Huerto.

Concluida la cena, y despues de haber hecho saber el Señor á sus discípulos su próxima pasión y muerte, se retiró con tres de ellos al Huerto de Getsemaní, y puesto en oración ante su Eterno Padre, sufrió una congoja mortal hasta sudar sangre, con la consideracion de lo que le habia de sobrevenir. Un ángel del Señor baja con el cáliz y le conforta.

¿Todavía no se halla satisfecha vuestra justicia, Padre Eterno, con tan triste espectáculo? Ya ha pagado por nuestro rescate sobrado precio; pues una sola gota de este sudor, vale mas que todo lo que se puede apreciar. Pero segun veo, habeis puesto los ojos en el madero de la Cruz, y hasta que veais en él puesto á vuestro hijo, no os dareis por satisfecho: por que habeis ordenado, que aquella muerte sea castigo del pecado que en el árbol se cometió, para que el demonio que por el árbol venció al hombre, en el árbol sea vencido.

El prendimiento.

Levantándose Jesus de su oracion se acercó á sus discipulos á quienes halló dormidos, y les dijo: levantaos y vamos, ya se acerca el que me ha de entregar: y diciendo esto llegó Judas quien con un beso traidor entrego en manos de la turba vil que le acompañaba al justo que daba su vida por rescatar la de todos. San Pedro desenvainó la espada é hirió à Marco criado del Pontífice. Jesucristo le reprende diciéndole, que *los que tomaren espada, á espada morirán.*

Que raudal tan caudaloso de misericordia sale de vuestras entrañas, Mansísimo Cordero, en este acto de inaudita crueldad que se está ejecutando con vos. Un discipulo á quien poco antes diste á comer vuestro sacratisimo Cuerpo, se presenta ahora delante de vos, y con ósculo traidor os entrega en manos de vuestros enemigos: y vos no le negais vuestra santisima boca, ni le mostrais el menor enfado; antes conociendo la triste situacion en que le ponía su pecado, le amonestais con el mayor cariño, diciendole, amigo ¿á qué has venido? Tampoco aquellos desalmados que acto continuo os maniataron y maltrataron como á un ladron, oyeron de vos una sola queja contra ellos, antes al contrario, usando de vuestra acostumbrada dulzura, sanaste la herida que uno de ellos habia recibido de vuestro discipulo Pedro, á quien refrenasteis la osadia de haberse puesto en armas para defenderos.

Cristianos, infinita es la misericordia de Dios; pero no abusemos de ella con nuestro indigno proceder; miremos y temamos tambien á su justicia.

Los azotes.

Presentado Jesus al presidente Pilato, es atado à una



columna y azotado cruelmente hasta regar el suelo con su preciosa sangre.

La coronacion.

Los soldados de Pilato tomaron al Señor despues de azotado, y tegiendo una corona de espinas la pusieron sobre su sacratísima cabeza

Ecce-Hemo.

No encontrando Pilato causa para condenar á Jesus, lo presentó á los judios todo llagado y ensangrentado, talaradas las sienes con las espinas de la corona: y este pueblo soez y bárbaro lejos de compadecerse con tan triste espectáculo, pedia con mayor fiereza que fuese crucificado.

Detras de este paso sigue la Hermandad de Jesus Nazareno con la Imágen de su titular, vestidos los hermanos con túnicas moradas.

Gran Dios ¡Que contraste forman estos tres pasos! Por una parte aparece la inocencia de Jesus, confesada por el mismo juez, y por otra la debilidad de este y la crueldad de los soldados y del pueblo. Si lo que se deseaba era que muriera ¿á qué fin ese previo martirio de los azotes? Si se habia escogitado el suplicio mas afrentoso, por qué entregarlo á los soldados para que sea objeto de nuevos é ináuditos escarnios? ¿Era poco hacer morir en un patíbulo á un inocente, para satisfacer la rabia y encono de los fariseos, que se hiciese preciso inventar nuevos padecimientos? ¡Qué responsabilidad tan grande la de los actores de tamaños sacrilegios! Y qué responsabilidad tan grande la del cristiano, que sin embargo de confesar no solo la inocencia de Jesus, sino tambien su in-

finita misericordia é inmensa caridad, reproduce á cada paso las sangrientas escenas de aquella gente desalmada, vomitando imprecaciones y blasfemias contra un Dios, que por puro amor ha dado hasta su vida, por rescatar la de aquel que tan ingratamente se conduce!

La cruz á cuestas.

Entregado Jesus á los judios para ser crucificado, cargaron sobre sus delicados hombros el pesado madero de la cruz. Mas temiendo que desfalleciese en el camino sin tener el gusto de verle crucificado, embargaron á un hombre de Cirine llamado Simon, para que le ayudase á llevarla. Una piadosa muger llamada Verónica, compadecida de Jesus, se acerca á limpiarle el rostro que tenia cubierto de polvo mezclado con sudor y sangre, y el Señor deja estampada en un lienzo su sacratísima efigie.

Ya has cargado sobre tus hombros, Inocentísimo Jesus, con el enorme peso de nuestras maldades, y cual cordero mansísimo marchas al lugar del sacrificio á satisfacer por ellas con tu preciosa vida la deuda que pesaba sobre nosotros. ¿Será posible no amar á quien tanto amó, que por puro amor se puso á padecer la sentencia que nos estaba fulminada? Figuremonos por un momento que estuviese algun hombre en la carcel sentenciado á muerte, que estando para salir al suplicio, cubierto ya con las insignias de muerte, entrase un amigo en el calabozo y se vistiese con aquellas mismas vestiduras, y echando fuera al culpado, se quedase en su lugar y viniese á padecer la pena del otro. Cuánto diríamos que amaba al culpado quien así diese su vida por él? ¿Que amor podria ser comparado con este amor? Pues esto es cabalmente lo que hizo nuestro buen Jesus. Viéndonos sentenciados á arder en llamas eternas, mo-

vido con entrañas de compasion descendió del Cielo á la carcel de este siglo, y tomando imájen de pecador se puso en nuestro lugar; y cargando sobre si nuestros crímenes, fué sentenciado á muerte, por lo que nosotros debiamos. ¿Como no amaremos pues á quien tantas pruebas nos tiene dadas de su amor? Mas insensibles que las bestias, mas crueles que los tigres y mas duros que las piedras seriamos si no nos dejásemos vencer de tal amor.

Detras de este paso sigue la

Guardia pretoriana.

Parodiando á la que pusieron los judios para custodiar al inocente reo. Se compone de un centurion y varios soldados romanos, con sus correspondientes tambor y clarines.

La copa.

Llegado el Señor al Calvario le desnudan de sus vestiduras los soldados, y le hacen sentir mas las amarguras de su pasion, dandole de beber hiel y vinagre.

¡Dios mio! ¿hasta cuando han de durar los tormentos? ¿Como pudo caber en corazones humanos tal invencion de crueldad? ¿Y tenemos valor para quejarnos cuando nos sobreviene algun trabajo? Entremos dentro de nosotros mismos y consideremos quanto padecié por nosotros el Justo que tomó á su cargo la espiacion de nuestros escesos: y por ahi vendremos á comprender cuanta debe ser nuestra resignacion y paciencia, pues al fin somos los verdaderos deudores. Y no hay trabajo por grande que sea, que pueda igualarse al menor de los que por nosotros padecié nuestro divino Libertador.

Las siete palabras.

Siete niños vestidos con tunicas blancas llevan en faroles de cristal de color, dispuestos en forma de cruz, las inscripciones de las siete lecciones que Cristo nuestro bien nos dió desde el arbol de la cruz, como complemento de las pruebas de su amor, á saber:

1.^a

PADRE, PERDONÁLOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.

En esta nos enseña practicamente nuestro Divino Maestro, la grande obligacion que tenemos de perdonar á nuestros enemigos, sea cualquiera la injuria que de ellos hubieramos recibido.

Mirad cristianos, con cuanta piedad y mansedumbre pronunció el Señor la primera palabra. Antes de consolar á su afligida Madre antes de proveer á sus amigos, antes de encomendar al Padre su espíritu, provee de remedio á sus perseguidores. Y entre tantas cosas como se habian de proveer, la primera provision es para ellos. ¡O bondad sin medida! ¡O inestimable caridad! En el tiempo que aquellos miembros de Satanás, despues de haber crucificado el cuerpo del Señor con clavos, crucifican su piadoso corazon con sus lenguas; el mansísimo cordero, teniendo mas compasion de sus almas, que dolor de sus propias injurias, hace esta oracion por ellos; *Padre perdónalos por que no saben lo que hacen*. Nosotros cuando somos injuriados, aguardamos á que el tiempo cure nuestras pasiones; y queremos que entretanto esté ociosa la virtud y la razon. Aguardamos tambien que la humildad y reconocimiento de nuestros malhechores nos aplaque: y asi venga á ser el perdon mas virtud agena que nuestra.

Dirigiéndose el Señor al buen ladrón le dice: **HOY SERAS CONMIGO EN EL PARAISO.**

Aquí nos dice el Señor, que á cualquier hora que el pecador verdaderamente arrepentido se postre contrito á sus sagrados pies, y confiese humildemente su pecado, encontrará abiertos los brazos de su misericordia, y le purificará de las manchas de las culpas, con el inagotable raudal de su costado, restituyéndolo á su amistad y gracia.

¡O maravillosa magnificencia y largueza de Dios! Mirad cristianos, cuanto mas le dieron de lo que el pedia. El pedia estar en la memoria de Cristo, y Cristo le promete el Reino del Cielo. ¿Y cuando? *Hoy* le dice: esto es, en el mismo dia. ¿Y en que compañía? En la del mismo Cristo. *Hoy*, dice *serás conmigo*. ¿Y á quien promete esto? A un vilísimo ladrón, que por sus hurtos padecía, y poco antes con su compañero blasfemaba. ¿Mas por que causa se le promete tanto bien? Por que humildemente lo pidió. ¡O virtud inestimable de la Sangre de Cristo: que es la que obra todas estas maravillas, y la que hace nuestras oraciones valaderas ante Dios! ¿Mas que mucho era que en aquel dia del Viernes Santo, cuando se abrieron las puertas de los divinos tesoros, cuando Cristo con tanta largueza vertía su sangre, y rasgados sus pies y manos derramaba por aquellas aberturas tanta abundancia de misericordias, que alcanzase una sola gota á este ladrón? Al primer prevaricador del mundo dijo Dios; *tierra eres y en tierra te volverás*; y al último ladrón del viejo Testamento dice Cristo: *Hoy seras conmigo en el Paraiso*. Mirad cuan grande es la virtud de la sagrada Pasion, y cuan provechosa cosa es hablar con Cristo crucificado.

Hablando à su santísima Madre le dice: MUJER, HÉ AQUI A TU HIJO, señalando à San Juan. Y á San Juan, HE AQUI A TU MADRE.

Aqui constituye el Señor á la Santísima Virgen en Abogada y Madre de todo el género humano personificado en San Juan: y nos enseña al propio tiempo, que en todas nuestras necesidades acudamos à esta Señora, que como cariñosa Madre, cuya mision recibe en tan terrible lanze, acogerá benigna nuestras súplicas, y las presentará ante el trono de su amantísimo hijo, que tanto se complace en servirla.

¿Que pecho puede ser tan de hierro, qué entrañas tan duras, que no se muevan á compasion, ó dulcísima Madre, considerando las lágrimas y dolores que padeciste al pie de la cruz, cuando viste á tu dulcísimo Hijo sufrir tan grandes, tan largos y tan vergozosos tormentos? ¿Que corazon puede pensar, que lengua puede explicar tu dolor, tus llantos y suspiros, y el quebrantamiento de tu corazon cuando estando eu este lugar, viste á tu amado Hijo tan maltratado, y no lo pudiste socorrer? Vístelo desnudo y no lo pudiste vestir: vístelo transido de sed, y no le pudiste dar de beber: vístelo injuriado, y no le pudiste defender: vístelo infamado de malhechor, y no pudiste responder por él: viste escupido su rostro, y no lo pudiste limpiar: finalmente viste á sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podías enjugar, ni recojer aquel postrer aliento que de su pecho salia, ni juntar en uno los rostros tan conocidos y tan amados, y morir asi abrazada con él. Bien sentiste en aquella hora el cumplimiento de la profecía que : quel santo anciano te pronosticó antes que muriese, diciendo, que un cuchillo de dolor traspasaría tu corazon.

¿Pues porqué, Señora, quisiste acrecentar este dolor con la vista

de vuestros ojos? ¿Por qué quisiste hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parecer en lugares públicos: no es de corazón de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama; ¿Y vos venis á ver al Hijo morir por justicia, y entre ladrones en una Cruz? ya que determinais vencer el corazón de madre, y queréis honrar el misterio de la Cruz, ¿para que os poneis tan cerca de ella, que hayáis de llevar en vuestro manto perpetua memoria de este dolor? Remedio no se lo podeis dar sino antes con vuestra presencia acrecentarle su tormento: porque esto faltaba para aumento de sus dolores, que al tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos sangrientos y desmayados y os viese al pie de la Cruz. Y por que estando al fin de la vida enflaquecidos los sentidos, y oscurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no podían divisar de lejos, os pusisteis cerca, para que clara y distintamente os conociese, y viese esos brazos en que fué recibido y llevado á Egipto tan quebrantados; y esos pechos virginales, con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor. Mirad Angeles bienaventurados, estas dos figuras, si por ventura las conoceis. Mirad, Cielos, esta crueldad y dad muestras de dolor. Cubrios de luto por la muerte de vuestro Señor: obscurecer el aire claro porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador: echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. ¡O cielos, que tan serenos fuisteis criados; ó tierra de tanta variedad y hermosura vestida; si vosotros oscurcesteis vuestra gloria en esta pena; si vosotros que erais insensibles, la sentisteis á vuestro modo! ¿que harán las entrañas y los pechos virginales de la Madre? *O vosotros*, dice ella, que *pasais por este camino, atended y ved, si hay dolor semejante á mi dolor*. Verdaderamente, Madre querida, no hay dolor semejante á tu dolor: porque no hay en todas las criaturas amor semejante á tu amor.

Pues ó Redentor y Salvador del mundo, si los ladrones desean que os acordeis y tengais memoria de ellos; ¿Y si vos teneis memoria de los robadores, cómo no la tendréis de los robados? Bien veo, Redentor mio, que no la teneis olvidada porque el dolor con que su presencia aflige vuestro corazon, no os la deja olvidar: antes creo, que allá dentro de vuestra alma le hablabais muchas veces y ledeciais: ó inocente y afligida Virgen. ¿Que consuelo te daré? tu consuelo seria mio: mas porque no le hay hoy para mi, tampoco lo hay para ti. Si consuelo es condolerme de ti, mas siento los dolores de tu corazon que los de mi cuerpo: y mas siento ver correr esas lágrimas por tus ojos, que esta sangre por mi cuerpo. O Madre dulcísima, ¿Donde están ahora los gozos que conmigo tuviste? llegada es ya la hora en que tengo de ser corporalmente quitado, y en que se ha de partir esta tan amada y tan antigua compañía. ¿Pues con que palabras me despediré de ti al tiempo de la partida? Si te llamo Madre al tiempo que pierdes al Hijo, se atormentarán tus entrañas con esta voz. Si del todo no te hablo, ni me despido de tí en tan largo camino se añadirá otro dolor á tu dolor. Te llamaré pues, pero no Madre, si no mujer, diciendo: *Mujer he ahí á tu hijo*.

O Virgen Santísima, si deseabais oír alguna palabra, esta es la mas conveniente que se os podia decir: pues en ella se provee de compañía para vuestra soledad, y se os dá otro hijo por el que perdeis. Consolaos pues con este consuelo. ¡Ah! Antes con él se renueva mi dolor: porque con la comparacion de lo que me dan, veo mas claro lo que me quitan. Tal es y tan nuevo mi dolor, que crece con los remedios. «Quiero contemplar, dice San Agustin, ó benditísima Madre, hija y Madre de este Señor, que tal haya sido este dolor. Ves á tu único hijo crucificado; mudas al maestro en el discípulo; el señor en el criado; el que todo lo puede, en el que todo desfallece. Verdaderamente atraviesa tu alma un cuchillo de dolor y penetra tu corazon la lanza, y rompen tus entrañas los clavos, y despedazan tu espíritu entristecido la vista de tu Hijo crucificado.

Tus fuerzas han desfallecido, tu lengua ha enmudecido, se han agotado las fuentes de tus ojos, y se ha marchitado la flor de tu hermosura. Las heridas del Hijo, son heridas tuyas, la cruz suya es tambien tuya, y la muerte suya tuya es. Dime Madre. ¿Donde dejas al Hijo? Hija, ¿Donde dejas al Padre? ¿Ama como desamparas al que criaste? ¿Cuan de mejor gana perdieras la vida que tan dulce compañía? Mártir eres y mas que mártir; pues sacrificas mas que la vida. Dos martirios, y dos altares hallarás, alma cristiana, en este día: uno en el cuerpo de Cristo, y otro en el corazon de la Virgen: En el uno se sacrifica la carne del Hijo, en el otro el alma de la Madre.»

4.^a

DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO?

Aqui sintiendo el Salvador la voluntad de la naturaleza humana, manifestó con sus lamentos el deseo que como hombre tenia á la vida, pero sujetándose en un todo á la de Dios; demostrando en este paso la fortaleza con que debemos acudir á Dios en todas nuestras tribulaciones, de suerte que cuanto mayores sean éstas, mayor debe ser nuestro fervor, y mayor nuestra confianza.

Pregunta el Hijo al Padre por la causa de este desamparo; todos podemos responder á esto con verdad, que por nuestro amparo fue él desamparado: que por remediar al mundo desamparó el Padre á su amantísimo Hijo: por amparar al siervo, desamparó al Señor. Por donde con mucha razon esclama la Iglesia: ¡O inefable amor y caridad de Dios, que por redimir al siervo, entregaste á la muerte al Hijo! ¿Pues cuanto nos obliga esto á amar á quien asi nos amó? ¿Cuánto es lo que esta lamentable y dolorosa voz pide al hombre? Dice Salomon, *que el que cierra los oidos al clamor del pobre, él clamará y no será oído.* Pues si tan gran culpa es no oír la voz de un pobre méndigo:

¿Cuál será no oír la de tal pobre que así clama desde la Cruz, representándonos nuestra obligación?

5.^a

SED TENGO.

¿Que sed es esta, Salvador mio? dice San Bernardo. Mas pena os dá la sed que la Cruz; pues no quejándoos de la Cruz, os quejais de la sed; ¿Que sed es esta que tanto os fatiga? Ciertamente no es otra que el desco de nuestra salud, de nuestra fe, y de nuestro remedio: porque esto es como si digera: mas me duelen vuestros males que los míos, y mas siento vuestras culpas que los tormentos de mi Cruz. Pues si esta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi conversion y penitencia la apagarían, y yo mas cruel que vuestros mismos enemigos, no os doy este refrigerio. O Virgen Santísima, ¿Qué sintió vuestro piadoso corazón con estas palabras, cuando viste el refrigerio que sus enemigos le dieron, y no pudiste dar un jarro de agua al Hijo que la pedia muriendo? Donde están ahora, ó Magdalena, aquellas lágrimas que derramaste sobre los pies del Salvador? ¿Donde estan las vuestras, ó serenísima Virgen? ¿Pues cómo no subis á aquella Cruz, y siquiera con esas lagrimas de vuestros ojos no refrescaís aquellos labios cárdenos y resecaos y refrigeráis los ardores de aquella sed?

6.^a

TODO ESTA CUMPLIDO.

Puesto Jesus en agonía, manifiesta estar ya cumplidas todas las profecías, consumada nuestra redencion y cumplidos sus deseos de restituirnos á la gracia y amistad de Dios,



Al oír esta palabra, levantaria sus honestísimos ojos la Virgen á ver si con ella se acababa la vida del Hijo. ¿Cuál de estas cosas deseais, Virgen? ¿Deseais por ventura que se acaben sus dolores? Si se acaban sus dolores, tambien se ha de acabar su vida. ¿Pues deseais que se scabe la vida? No es de madre tal deseo. ¿Pues que deseais? Nueva manera de dolor es esta; pues no sabeis que desear.

¿Pues que sentiría el corazón de la Virgen, cuando levantase los ojos á mirar la cara del Hijo, y en la ámarillez y mudanzas de ella conociese la presencia de la muerte que ya se acercaba? ¿Qué sentiría cuando visiese perderse el color del rostro, teñirse los labios de color de muerte, aflarse las narices, oscurecerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza y levantarse el sagrado pecho? ¿Conoceis vos, Señora mia, esa figura? ¿conoceis de quien es esa tan enrronquecida voz? ¿cómo se ha descolorido el rubí en que se miraban vuestros ojos? ¿cómo se ha marchitado la flor de la mañana? ¿cómo se ha eclipsado el sol de medio día? O castísimos ojos, guardados para verdugos de este día. ¿A donde mirareis que no sea con intolerable dolor? Si mirais á lo alto, veis las insignias y los mensageros de la muerte en la cara del Hijo. Si mirais á lo bajo, veis la tierra arroyada y encharcada con su sangre. ¿Pues á donde, Virgen, mirareis, cuando el cielo y la tierra parece que se han conjurado contra vos? cómo pueden esos piadosísimos ojos ver los hilos de la sangre viva correr junto á vuestros pies, y no morir?

Mas ahora descansará ya el alma Santísima de vuestro hijo. Oid la 7.^a y última de sus palabras.

PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU.

Diciendo esto, é inclinada la cabeza, dió su espíritu; O dulce muertel! ó dulce sangre! ó dulces llagas! ó dulce madero! ó dulce peso! ò inestimable caridad, que por llevar los miserables desterrados al Cielo, mueres tu, Rey de la Gloria en un madero!

Suplícote, Señor mio, por el dolor de este apartamiento, que al tiempo que esta pobre alma se separare de este cuerpo, sea yo favorecido con la virtud de este misterio, y acabe con las palabras que tu acabaste, encomendando mi espíritu en tus manos, y recibiendo tu en ellas. En medio de esas llagas preciosas se acabe el último instante de mi vida, y en medio de esta preciosa sangre sea el postrero de mis gemidos. Amen.

El Calvario.

Jesucristo crucificado entre dos ladrones; un soldado abre su sacratísimo costado con una lanza, é inmediatamente mana sangre y agua.

El descendimiento de la Cruz.

José y Nicodemus consiguieron de Pilato se les entregase el sagrado Cuerpo de Jesus para darle sepultura, y viniendo al Calvario le bajaron de la Cruz para embalsamarlo y colocarlo en el sepulcro.

Ya se ven cumplidas las escrituras; se concluyó el tratado de paz entre Dios y los hombres; la justicia divina está cabalmente satisfecha; los profetas salieron con sus oráculos; la ley se consumó; el furor de los judios se satisfizo; las gentes se unieron en su cabeza; la naturaleza se renovó; los pecadores se reconciliaron; los sacrificios se completaron; el mundo se reparó; los justos vieron lo que tanto desearon; el demonio quedó vencido, el Cielo abierto, todo consumado y enteramente cumplido; la sangre del Cordero con tantas ansias pedida por la sinagoga se derramó sobre el pueblo, borró las manchas; y á costa de la muerte de todo un Dios, respiró el linage humano oprimido de las duras cadenas de su penosa esclavitud. Pendiente de un madero esta el autor de tanto bien; en

medio del universo obró nuestra salud el que era la salud del mundo. Dejad por un momento que todas las criaturas hagan llanto sobre su criador; que el sol esconda sus rayos y se eclipse; que la luna se muestre ensangrentada; que las piedras se hiendan, que la tierra tiemble y sus fundamentos se conmuevan; que el cielo se cubra de tinieblas y se enlute; que los sepulcros se abran; que los muertos resuciten; que el velo del templo se rasgue; que el centurion pùblique la divinidad del crucificado; que otros muchos se vuelvan á Jerusalem, hiriendo á golpes sus pechos; que la naturaleza toda se conmueva; dejemos que se concluyan todas estas demostraciones de dolor y sentimiento, tan justas como debidas al atentado más sacrilego y mas horrendo que jamás conocieron los siglos; y volvamos los ojos hacia aquel estandarte real de nuestros trofeos y victorias y fijemos la vista en el fruto precioso de aquel árbol de la vida. Miremos á Jesus crucificado anegado en el mar de sus tormentos; enmudecida la palabra del Padre, apagada la luz de la gloria, afeada la belleza de los ángeles, y difunta la vida de los hombres. Y despues de pagarle el justo tributo de nuestro sentimiento y gratitud; volvamos á acompañar á la mujer mas afligida y angustiada del mundo: que tambien merece nuestra compasion y lástima esa rosa deshojada, esa azucena descolorida, esa aurora desmayada, ese cielo oscurecido y esa vara misteriosa de la raiz de Jesé á punto de quebrarse con los fuertes huracanes de tantas penas. Si, acompañemos á Maria Santísima nuestra Madre, cuyo corazon se halla hecho un haccillo de mirra. Consolémosla en el desamparo en que se encuentra, ayudemosla á recuperar la prenda que mas ama su corazon. Nada suspirá ya con mas ansia, que ver de cerca la humanidad sacrosanta del Hijo crucificado, despues que la malicia del mundo acabó con la vida preciosa de su dulce dueño. Los brazos de la Cruz, le parecen demasiado duros é incomodos, para sostener aquellos delicados miembros del mas amable de los hombres; y quiere recibirle en los suyos, para que á lo menos descansen en mas blanda cama y en mas apacible regazo. Empero no puede por

si misma ejecutar la penosa operacion de bajarlo de la Cruz. Vuelve la vista á todas partes à ver si encuentra quien le ayude, y no hay ninguno que se apiade de su afliccion y la socorra. El discípulo amado y las piadosas mujeres que le acompañan son insuficientes para tan ardua empresa, y además carecen de instrumentos. ¿Y será posible que llegue hasta tal punto su amargura que tenga que abandonar al adorado fruto de sus entrañas? No Madre amada, ya se presenta José de Arimatea que ha tenido el atrevimiento de pedir al Juez, el sagrado Cuerpo que tanto apetecéis; ya viene acompañado de Nicodemus para que le ayude á bajarlo de la Cruz del modo mas digno y conveniente, y tambien le tiene preparado un magnífico y nuevo sepulcro en que nadie ha sido enterrado. Consolaos pues, Madre querida, que ya se cumplen vuestros deseos. Solo resta advertiros, que al recibirlo en vuestro regazo, no queráis registrar las huellas y señales de sus padecimientos, por que quedareis como la paloma del diluvio, que no encontrando terreno enjuto donde fijar sus pies y descansar, tubo que volverse al arca de donde salió; y asi vos no encontrando en su cuerpo parte sana donde puedan descansar vuestros ojos, tendreis que encerraros nuevamente en el arca del dolor que os oprime. Consolaos, Madre de misericordia, que la memoria de vuestras angustias se perpetuará entre vuestros hijos, para vuestra mayor gloria. Esta piadosa hermandad os ha elegido por patrona para acompañaros constantemente en vuestros dolores y sentimientos, tributandoos un culto continuo y tan esmerado como permiten sus esfuerzos, ya que no pueda ser tan grande como vos lo mereceis. Procura tambien reproducir el consuelo que recibisteis de los buenos servicios que os hicieron José y Nicodemus, ejerciendo la caridad con los desgraciados que mueren en los patíbulos, y con los que sin pensarlo se encuentran cortado el hilo de sus días en medio del mas completo desamparo: pues tambien son vuestros hijos, redimidos con la preciosa sangre del que poco hace formaba el completo de vuestras delicias. Todos los fieles impulsados de la tierna compasion que les inspiran vues-

tros padecimientos, y del amor que os profesan, se apresuran á compartir con vos las amarguras en que se halla anegado vuestro corazon, acudiendo á vuestros pies á ofrecerse á vuestro servicio y devocion.

Haced, Señora, que todos nuestros actos sean agradables á los divinos ojos de vuestro querido hijo; que no se mezcle en ellos el espíritu del mundo; que sea sola la caridad evangélica y la verdadera devocion el timon que rija nuestras operaciones, y el puerto á donde se dirija nuestro rumbo sea el de la gloria, para que despues de haberos acompañado en vuestros dolores, podamos tambien hacerlo en la mansion del gozo, donde nos presentemos como fruto sazonado, producido por la preciosa Sangre de vuestro querido Hijo.

Detras de este paso siguen doce niñas vestidas segun las antiguas costumbres orientales, á las cuales se les da el nombre de SIBLAS, llevando cada una de ellas un estandartito con un motete alegórico á una de las principales profecías que anunciaron la sagrada vida, pasion y muerte de Jesucristo: cuyas letrillas estan tomadas de la procesion de Sevilla y son

1.ª PÉRSICA.

El Divino Redentor,
Al mundo descenderá
Y su madre vestirá
Velo de puro candor.

2.ª LIBICA.

Luz verdadera el Señor
De los profetas será;
Su sangre consolará
De los hombres el dolor.

3.ª DÉLFICA.

Sin consorcio varonil
De una Virgen singular,

Nacerá un profeta á dar
La muerte á la culpa vil.

4.^a CIMMERIA.

La estrella maravillosa
A Dios niño anunciará,
Y el Mago le ofrecerá
Triple ofrenda misteriosa.

5.^a ERITREA.

Con Magestad soberana
El mismo rey celestial,
En el juicio universal
Se mostrará en carne humana.

6.^a SAMIA.

De una Virgen nacerá
Pobre el Señor soberano,
Y adoracion muy ufano
El bruto le rendirá.

7.^a CUMANA.

Amarguísima agonía
Sentirá el Señor paciente;
Mas con luz resplandeciente
Irá al cielo al tercer día.

8.^a HELESPONTIA.

De los hombres el consuelo
El Señor decretará,
Y pura Virgen sabrá
El querer del alto cielo.

9.^a FRIGIA.

El enojo del Eterno
Detendrá su mediacion,

Y romperá su Pasion
Las amarras del infierno.

10.ª TIBURNINA.

¡Oh feliz aquella madre
Cuyos pechos alimento
Darán al labio sediento
Del Verbo eterno del Padre!

11.ª AGRIPA.

Madre una Virgen será
Del Señor de los Señores
Que en traje de pecadores
Con ellos conversará.

12.ª CIMEA.

Prodigio que al mundo asombre
Será la escelsa Maria,
De quien, del mundo alegría,
Nacerá Dios hecho hombre.

A continuacion sigue la cruz con la sábana santa, con que bajaron de ella al cuerpo de Jesus, iluminada por dos faroles en forma de cruz.

Un coro de ángeles con los atributos de la pasion.

Una banda de música tocando marchas fúnebres.

El Arcangel San Miguel.

Cuatro hermanos vestidos con túnicas blancas y capuces azules que llevan en cuatro estandartes, con sus respectivas alegorías é inscripciones la Religion católica de la que es hija esta piadosa hermandad, y las virtudes teologales Fé, Esperanza y Caridad.

RELIGION.

Dios en los cielos escrito
Se lee; *Dios* el alma siente;

Y el hombre rodilla y frente
Dobla ante *Dios* infinito.

FÉ.

Se dice á un monte, *camina*,
Su eterno asiento abandona;
Es del mártir la corona;
Deja de ser si examina.

ESPERANZA.

Yo soy la apacible estrella
Que tu noche alumbraré
Y fiel te acompañaré
Hasta tu última huella.

CARIDAD.

Yo de mi pan te daré;
Secaré tu triste llanto;
Te cubriré con mi manto;
Mi hermano te llamaré.

Signen la Cruz del Santo Metropolitano Templo del Pilar, el cuerpo de hermanos receptores y la Capilla de la Catedral con orquesta fúnebre.

Seis hermanos receptores alumbrando, y cuatro ángeles quemando incienso y otros aromas preceden al

Féretro.

Llamado comunmente la cama, en el que se conduce el sagrado Cuerpo de *Jesús* muerto á su santo sepulcro. Una escuadra de gastadores le hacen la guardia de honor, cubriendo los ángulos cuatro hermanos con unos estandartes que representan las cuatro partes del mundo, para manifestar que la grande obra de nuestra re-

dencion abraza á todo el género humano: á cuyo acompañamiento sigue el Estandarte Real.

Ademas rodean al Féretro doce ancianos vestidos de blanco cubiertas sus cabezas con coronas doradas, é iluminando al Señor con grandes antorchas; estos representan á los Santos Padres á quienes visitó Jesucristo en su muerte y los sacó del limbo ó seno de Abraham para llevarlos á la gloria, cuyas puertas habian estado cerradas por el pecado del primer hombre, hasta que con el sacrificio del Calvario quedó satisfecha la divina justicia.

Detras de este cortejo fúnebre sigue el palio y el Reverendo Clero de la Santa Iglesia Metropolitana con terno.

A continuacion Maria Santísima de los Dolores en su amarguísima soledad atravesado el corazon con la espada del dolor, como le habia profetizado el anciano Simeon. Acompañan á esta desconsolada Señora en este trance de afliccion y desamparo veinticuatro niñas vestidas con uniformidad, simbolizando la inocencia.

Van tambien en este punto los doce Apóstoles, llevando cada uno escrito en un pergamino el artículo del Credó con que contribuyó á la formacion del símbolo de nuestra santa Fé. Lo cual significa, que como consecuencia del sacrificio del Calvario siguió la ley de gracia, ó sea la promulgacion del Evangelio.

Concluyendo la procesion con las imágenes del Apóstol S. Juan, Sta. Maria Magdalena y S. Pedro.

Preside este solemne acto religioso el Excmo. Ayuntamiento constitucional de esta Capital.

Y cierra la marcha un numeroso piquete y banda de música.

NOTA. Hay concedida perpetuamente Indulgencia plenaria y remision de todos los pecados á los fieles de ambos sexos que confesados y comulgados visitasen dicha Iglesia de Santa Isabel, y acompañen la procesion del Santo Entierro, orando devotamente por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, estirpacion de las heregias y exaltacion de la Santa Iglesia.

